Comentarios de la Lección

III Trimestre de 2009
Amadas y llenas de amor: Las epístolas de Juan

Lección 8
2 de Agosto de 2009

Amar a los hermanos

Prof. Sikberto Renaldo Marks

Versículo para Memorizar: "*Y nosotros tenemos este mandamiento de Él: El que ama a Dios, ame también a su hermano"* (1 Juan 4:21).

Introducción

Lo que falta en nuestro mundo y que lo hace cada vez más difícil para vivir, cada vez más violento, más corrupto, es el amor. Si todos se decidieran de un día para el otro a amar al prójimo como a sí mismos, desaparecerían, del mismo modo, todos los problemas que están destruyendo a la humanidad. Pero, ¿es fácil para las personas del mundo cambiar al amor? No lo es. Tendrían que desligarse de sus ídolos seculares, y pasar a obedecer a Dios, uniéndose al Creador por medio de su verdadero culto. No hay otra manera de tener amor en el corazón a no ser ligados a Dios, quien es el Amor en persona.

Al mundo le va de mal en peor porque falta amor. En los noticieros estamos acostumbrados a escuchar que "hace falta más policía en las calles" para detener la violencia. Pero esa no es la solución. La policía en una calle impedirá la violencia en esa calle, y los criminales irán hacia otra calle, en otra ciudad, en otra región. No es de esa manera en como se elimina el crimen, sólo se lo cambia de dirección, o de táctica. ¿Podrían las autoridades gubernamentales poner uno o dos policías al lado de cada criminar para impedir que haga lo que es de su naturaleza hacer? Imposible. Y aunque pudiera hacerlo, los criminales son dirigidos por el demonio, quien es mucho más inteligente que las autoridades policiales y que haría que el crimen supere a la posibilidad de vigilancia. Únicamente el amor puede resolver esto. El problema nuestro es que la sociedad está totalmente corrompida, por lo que no hay solución para nuestro planeta.

Estudiemos como amar a nuestros semejantes, cómo amar a Dios y cómo vivir como Dios desea, pues así tendremos una vislumbre de la vida que tendremos en la Tierra Nueva, donde está el Reino del Amor.

Los dos pasajes del amor (1 Juan 3:11-24; 4:7 – 5:4)

¿Qué dicen sobre el amor, en síntesis, los dos pasajes seleccionados por la Lección? Usando sólo una palabra, ellos hablan de una “intimidad”.

Amarse los unos a los otros significa desarrollar una relación de intimidad. De ese modo compartimos los sentimientos de otras personas. Sentimos lo que ellas sienten, nos alegramos cuando están alegres, nos entristecemos cuando estén tristes, sufrimos con lo que ellas están sufriendo. Ayudamos a otras personas si es necesario, compartiendo con ellas lo que tenemos. En la enfermedad, como en la salud, somos solidarios con nuestros semejantes.

Si así lo hiciéramos unos a otros, del mismo modo lo hará Dios con nosotros. Y esto no es otra cosa que la obediencia a los Diez Mandamientos. Si, como muchos dicen, estos mandamientos hubieran sido abolidos en la cruz, sería la mayor de todas las incoherencias de parte de Dios. Pues Jesús murió en la cruz exactamente para restaurar las condiciones en la tierra para amarnos los unos a los otros sintiendo el amor de Dios por nosotros. Si Jesús no hubiera muerto en la cruz, el príncipe de este mundo todavía sería Lucifer, pero él fue derrotado, sólo le resta extinguirse. Y si Lucifer todavía fuera el príncipe de este mundo, entonces la ley vigente sería la del odio, no del amor. Pero desde la victoria de Jesús en la cruz, quien ahora está fuera de contexto es Lucifer y sus esclavos, no nosotros, que adoramos a Dios.

Por lo tanto, si la Ley de los Diez Mandamientos fuera abolida, aún cuando Jesús hubiera vencido en la cruz y resucitara victorioso, nuevamente el príncipe de este mundo sería Lucifer. ¿Y por qué? Porque se habría abolido la Ley que nos une a Dios, al Amor, y nos une entre nosotros. En otras palabras, sin esa Ley, evidentemente este sería un planeta sin Dios, sin nada en qué colocar al corazón de los hombres para que supieran cómo amar y ser manados, y éste continuaría siendo un planeta del príncipe de las tinieblas, pues la Ley del amor entre nosotros sería anulada. A partir de esto, tal hipótesis sólo podría ser una ingeniosa y engañadora idea del príncipe vencido, que desde la resurrección enfrenta la cuenta regresiva de su eliminación. La única manera de que él escape de la condena pública es lograr que algo de las profecías divinas no se concrete. ¿Y piensas que eso es posible? Aún así está luchando, intentando evitar que el pueblo de Dios tenga éxito en el anuncio del Evangelio eterno. Está furioso, está reclutando a personas para conformar en ellas astutos enemigos dentro de las filas del pueblo de Dios.

““Al venir a morar con nosotros, Jesús iba a revelar a Dios tanto a los hombres como a los ángeles. El era la Palabra de Dios, el pensamiento de Dios hecho audible. En su oración por sus discípulos, dice: ‘Yo les he manifestado tu nombre’, ‘misericordioso y piadoso, tardo para la ira, y grande en benignidad y verdad’, ‘para que el amor con que me has amado, esté en ellos, y yo en ellos’ (Juan 17:26). Pero no sólo para sus hijos nacidos en la tierra fue dada esta revelación. Nuestro pequeño mundo es un libro de texto para el universo. El misericordioso propósito de Dios, el misterio del amor redentor, es el teme en el cual ‘desean mirar los ángeles’ y será su estudio a través de los siglos sin fin. Tanto los redimidos como los seres que nunca cayeron hallarán en la cruz de Cristo su ciencia y su canción. SE verá que la gloria que resplandece en el rostro de Jesús es la gloria del amor abnegado. A la luz del Calvario, se verá que la ley del renunciamiento por amor es la ley de la vida para la tierra y el cielo; que el amor que ‘no busca lo suyo’ (1 Corintios 13:5) tiene su fuente en el corazón de Dios, y que el Manso y Humilde se

manifestará el carácter de Aquél que mora en la luz inaccesible al hombre" [*El Deseado de todas las gentes*, p. 11].

La "definición" del amor (1 Juan 3:11-16; 4:7-16)

¿Qué es el amor, según Juan? Al leer lo que él escribió, podemos llegar a la conclusión de que el amor es el carácter de Dios, que Él nos concedió a nosotros por medio de los Mandamientos, y nos lo reveló por la vida práctica de Jesucristo. Así, el amor enfoca su interés en el otro, por la vida y la felicidad de él. Por la lógica de este amor, nuestra realización y felicidad dependen de lo que contribuyamos a la realización y felicidad del otro. Es así como Dios actúa. El amor siempre está dirigido al prójimo. Además, el principio del amor explicado por Jesús es amar al prójimo como a uno mismo. Eso quiere decir que cuanto más amas al prójimo, más te amas a ti mismo. Primero debes amar al prójimo, y como consecuencia te amarás a ti mismo. Fue eso que Dios demostró, al amarnos primero, antes que nosotros entendiéramos que también debemos amarlo.

El amor no mata, sólo lo hace el odio. Caín mató por odio. En nuestros días, cuando se escucha hablar que tal persona mató a otra por amor, eso está mal, nadie mata por amor, sólo lo hace por odio o egoísmo, deseo posesivo, ansia de dominio, de querer tenerlo todo para sí. ¡Cuántas personas en estos últimos tiempos no tienen la menor idea de lo que es amor! Si lo supieran, no matarían a su pareja. Aquél que sabe lo que es amar tiene el deseo de que su cónyuge viva feliz, junto a él, y de modo que siempre permanezcan juntos. El halo de unión en un matrimonio es el amor, y el amor es Dios. Y eso es lo que falta en este mundo cada día más trágico.

Quien odia mata a su prójimo, tal como lo hizo Caín, bien recordado por Juan. Pero quien ama se entrega por el prójimo, y –de ser necesario– llega a dar su vida por el prójimo, tal como lo hizo Jesús. Eso sí es amor. Juan dejó bien en claro lo que el amor hace, y lo que el amor no hace. El amor hace todo lo que fuera necesario por el prójimo y de darse el caso puede llegar hasta el límite de morir por él. Lo que el amor no hace es perjudicar al prójimo, incluso matarlo. Lo que el amor hace es perdonar siempre, tal como Jesús perdonó en la cruz a aquellos que lo estaban matando. A tal punto amó a sus verdugos que, en el mismo momento en que lo estaban matando, daba su vida por ellos. Utilizó el mal que le estaban infligiendo para beneficiarlos con el perdón y la vida eterna. Pagó bien por mal. A tal punto Jesús amó que en ningún momento se le cruzó por la mente el menor pensamiento de venganza. Y esa actitud de Jesús significó la más grande derrota de Satanás, que no logra pasar un minuto sin un pensamiento de venganza. Jesús, siendo desafiado al extremo, nunca dejó de amar.

En nuestra vida diaria debemos encontrar fuerzas de lo alto para amar siempre. Y con ese fin debemos reflejarnos en Jesús. No hay otro ejemplo para nosotros en esta tierra aparte de Jesús, para saber cómo proceder para amar y no odiar, algo imposible para seres humanos que no han sido transformados por el Espíritu Santo.

"Tal amor es incomparable. ¡Hijos del Rey celestial! ¡Promesa preciosa! ¡Tema para la más profunda meditación! ¡El incomparable amor de Dios para con un mundo que no lo amaba! Este pensamiento tiene un poder subyugador y cautiva el entendimiento a la voluntad de Dios. Cuanto más estudiemos el carácter divino a la luz de la cruz, más vemos la misericordia, la ternura y el perdón unidos a la equidad y la justicia, y más claramente discernimos pruebas innumerables de un amor infinito y de una tierna piedad que sobre-

puja la ardiente simpatía y los anhelosos sentimientos de la madre para con su hijo extraviado" [*El camino a Cristo*, p. 14].

Una crisis de certeza

Es común que nos sintamos perdidos, desamparados por Dios. Muchos se sienten así como si no tuvieran sobre ellos el amor de Dios, como si hubieran sido abandonadas por el Señor, sin esperanza alguna. Hay personas que creen que han cometido el pecado contra el Espíritu Santo y que por lo tanto están definitivamente perdidas. Eso constituye un tormento que atraviesa la mente de esas personas y sufre, incluso hasta enfermar, psicológicamente derribadas. Buscan una explicación, y nunca la encuentran, entonces sufren cada vez más.

Job fue un caso así. El perdió todo, hasta finalmente perder también la salud. Y para empeorar la situación, sus amigos aparecieron para acusarlo, de día y de noche, diciendo que él estaba pagando por sus pecados escondidos, y que Dios lo estaba hiriendo con ese motivo. Job deseó morir, pero la muerte no llegaba. Temía haber sido alcanzado por Dios, y en su mente había sufrimiento y angustia. Hasta su esposa le dijo que muriera, para que así dejara de sufrir.

Esos estados mentales no son otra cosa que sugestiones de Satanás, para torturar a aquellas personas que Dios ya perdonó, y que no deben más ante el tribunal celestial. Sin embargo, aún así sufre, pensando que están perdidas. Y ellas no se sienten perdonadas, y creen que están en deuda con Dios. De ese modo, indirectamente no aceptan el perdón de Dios, que pierde su eficacia al no producir la paz que el perdón siempre produce.

¿Y cómo lo logra Satanás? Tiene variadas estrategias para lograr ese efecto de sentirse abandonado por Dios. Algunos de ellos son:

- Utiliza a los amigos que acusan a una persona a causa de su pasado, que desprecian el cambio a una nueva vida recordando a la persona lo que ella fue en lo pasado, y no admitiendo que está siendo transformada.

- A través de un sermón o cosa que se escucha a veces se termina en la autoacusación, y la persona piensa que Dios habló contra ella, abriendo una herida que no tiene motivos.

- A veces alguna lectura mal interpretada hace que una persona encuentre motivos para la auto condena.

- Especialmente la imaginación personal que genera temores sin sentido, los que se van consolidando hasta que se transforman en torturas continuas de condenación.

- El propio Satanás, o uno de sus demonios, procurando generar situaciones por las cuales las personas se sientan condenadas y sin la posibilidad del perdón, haciendo que Dios les parezca algo extremadamente distante e indiferente.

Pero hay una cosa, en primer lugar, que debe quedar bien en claro: Satanás no tiene acceso a la mente humana, a no ser que deliberadamente se entreguen a él, o que la abran para que se de esa posibilidad. Aún así, todavía hay esperanza para estos casos en particular, basta con que se entreguen a Jesús. Es necesario que todos sepamos que en el exacto momento en el que una persona, cualquiera sea la situación en la que se encuentre, clame a Dios, en ese preciso momento ella es socorrida, y no hay demoras. Esa es la clase de pedido que Dios siempre está listo para responder.

Pero entonces, ¿por qué hay muchos que sienten que están en deuda con Dios? Por una única razón: aún ellos mismos no se han perdonado. Aún después de haber sido perdonados por Dios, se mantienen en un estado de culpa. Esas personas no creen que Dios las haya perdonado, no logran entender cómo el perdón de Dios es algo tan fácil de obtener. Creen que es necesario algo más difícil de obtener, y se convierten en presas de Satanás (aunque no son personas poseídas por el diablo), para ser torturadas y que así intenta revertir la dirección en la que se dirigen, hacia el camino de la perdición. Y quien no se siente perdonado, cae fácilmente en pecado nuevamente.

Para entender esto mejor, utilicemos una situación hipotética, pero que retrata la situación de mucha gente. Imagina a una persona que es miembro de la iglesia. Participa en sus actividades, aporta su contribución siendo, por ejemplo, responsable de la acción misionera. Pero mantiene en secreto un pecado acariciado. Es el pecado de la autosatisfacción sexual. De ese modo gusta mirar figuras y escenas excitantes. Pero sólo ella lo sabe. Un día, luego de un programa con gran énfasis espiritual en la iglesia, este hermano toma la férrea decisión de entregarle este problema para que Dios lo resuelva. De ahora en más, cada vez que él se sienta tentado, en vez de ceder a la tentación, buscará la fuerza divina a través de la oración para vencer. Y así ocurre, en algunas semanas ya está libre de la tentación.

Pero… durante años se ha sentido culpable de eso. Se acostumbró al sentimiento de culpa. Y era culpable, de hecho, porque estaba acariciando un pecado oculto. Sin embargo, esa sensación de culpa permanece en él, aún habiendo pasado meses después de la victoria sobre el pecado. Aún perdonado, continúa sintiéndose culpable. ¿Qué es lo que está fallando en este hermano? Que él mismo asuma el perdón que Dios ya le otorgó, entendiendo que el pecado ya ha sido superado y que ahora es un vencedor, por lo menos en lo que respecta a ese punto. Está libre, ya no hay motivos para sentirse culpable. Para terminar con ello, son necesarias más oraciones, una lucha con Dios. Y este hermano decido, junto a Dios, que este sentimiento de culpa, luego del perdón, es inútil e innecesario, y que tiende a facilitar el camino de vuelta al pecado ya superado.

Estas torturas subyacentes en el sentimiento de culpa luego del perdón son estrategias del acusador. Pero nosotros tenemos un Abogado para tales situaciones. Jesús está ante el trono de Dios para defendernos de cualquier acusación en contra nuestra, si hemos sido perdonados porque solicitamos el favor de Dios. Delante de todo el universo nuestro caso es defendido en Jesús para salvación. Pero hay una cosa que no depende de Jesús, y que es que en nuestro fuero íntimo continuemos acusándonos. Para liberarnos de tal situación, lo que tenemos que hacer es lo mismo que hacemos para pedir perdón: que Jesús nos ayude a superar el sentimiento de culpa innecesario.

“El perdón de Dios no es solamente un acto judicial por el cual libra de la condenación. No es sólo el perdón pro el pecado. ES también una redención del pecado. Es la efusión del amor redentor que transforma el corazón” [El discurso maestro de Jesucristo, p. 97].

El amor en acción (1 Juan 3:17, 18; 4:19-21)

Para ver el amor en acción debemos mirar a Jesús en sus últimas horas de vida. La pregunta con la que me confronto muchas veces es: ¿Cómo Él logró vivir colgado de la cruz durante seis horas y morir recién a las tres de la tarde? Durante la mañana había sido flagelado con terribles azotes a punto tal de quedarse sin fuerzas para caminar. Aún así tuvo que cargar la cruz, lo que no logró durante muchos metros. Luego lo colgaron de la cruz para morir vergonzosamente. Ahora intenta imaginar el dolor físico que un hombre sentiría en una situación tal.

No obstante, sabemos por el Espíritu de Profecía que, aunque aquél dolor fuera mortalmente doloroso, el dolor de la angustia por nuestros pecados que habían sido colocados en su conciencia era muy superior de modo tal que el dolor físico prácticamente pasó desapercibido. No es que el dolor físico haya desaparecido, sino que el dolor psicológico era tan grande que aquél se había convertido en insignificante. Notemos, en la noche anterior, en el Getsemaní, Él ya había entrado en un estado tal de angustia que sus vasos sanguíneos superficiales se rompieron. Y aquí surge la pregunta: ¿Cómo es que Él logró mantenerse vivo hasta las tres de la tarde? Para cumplir con el ritual del santuario, El debía ser ofrecido en sacrificio en la hora del sacrificio de la mañana, y morir en el horario del sacrificio de la tarde. A Él le cupo administrar los tiempos en sus momentos finales. ¿Y cómo es que Él logró, en tales condiciones, mantenerse vivo hasta ese momento? Cuando llegó el tiempo en el que Él debía morir, por la presión de la angustia, su corazón estalló, y entregó su Vida por nosotros. Se mantuvo vivo hasta el momento exacto. ¿Cómo lo logró?

No es tan difícil saber cómo logró tal hazaña. Lo hizo por amor. Colgado en la cruz, pensó en cada uno de nosotros. Se olvidó de sí mismo. Nos amó tanto en la cruz que fue dilatando su vida hasta el límite de lo necesario, a las tres de la tarde. Así como Jesús, hoy podemos ver –por ejemplo– como una madre entra a su casa en llamas, atravesando el fuego para sacar a su bebé de adentro sano y salvo. ¿Cómo lo logra? Por amor. El amor impulsa a hacer cualquier cosa, incluso la muerte, a favor de quien amamos. Jesús mantuvo su vida porque pensó en nosotros, quería salvarnos, tanto nos amó que por obra de un esfuerzo inexplicable impidió su muerte hasta que fuera el tiempo determinado. Pero al llegar el momento, declaró que entregaba su espíritu a Dios, y murió. Su corazón estalló, no soportando más la indescriptible angustia. Eso es amor en acción. Nadie más hizo tanto por alguien que amaba.

De la misma manera, nosotros podemos, y debemos, hacer por nuestros semejantes todo lo que esté a nuestro alcance. Pero sólo el amor puede impulsarnos a hacer todo lo que nuestro semejante necesita.

El amor y los mandamientos (1 Juan 3:22-24; 4:21 – 5:4)

Esta sección constituye el centro de la Lección, y aún más, el centro de la Biblia. Trata acerca de la esencia de los Diez Mandamientos, que es el amor.

A Jesús, en cierta oportunidad, se le preguntó acerca de cuál era el mandamiento más importante. Sus interlocutores esperaban que Él hiciera referencia al cuarto mandamiento. Pero Él les dijo que la esencia de la Ley era amar a Dios y amar al prójimo. ¿Entonces dejó de lado al sábado? El sábado es el momento áureo para practicar la esencia de

la Ley. El sábado es en sí mismo la práctica del más intenso amor en relación a Dios y al prójimo. Para cumplir la Ley de Dios, el sábado es vital, sin él no se cumple la Ley. El sábado es el día de la relación más estrecha entre Dios y el hombre.

Los mandamientos contienen la directriz de la lógica del funcionamiento del carácter divino. Si nosotros ponemos en práctica estos mandamientos, estaremos enseñando a nuestra mente a pensar de la misma manera en cómo Dios piensa. Tendremos en nuestra mente los mismos principios que la mente de Dios utiliza para relacionarse con sus criaturas, los mismos principios que Dios utilizó para decidir que Jesús viniera a morir por nosotros, los mismos principios por los cuales Jesús superó la vergüenza de la cruz y se convirtió en Vencedor por nosotros.

Si guardamos los mandamientos estaremos ligados a Dios por medio del amor. El amor es la única fuerza que une a las criaturas entre sí, y con Dios. No hay otra manera por la que las personas se unan. En el matrimonio donde no hay amor no puede haber unión, sólo separación.

Pero no existirá el amor si no conocemos a su Fuente. La fuente del amor es Dios, y Jesús en forma humana es la perfecta revelación de Dios. Si creemos en Jesús, también creeremos en Dios Padre. Y si creemos, guardaremos sus mandamientos, pues esos mandamientos son la fórmula de cómo se ama a Dios y cómo se ama a nuestro prójimo. Así, quien guarda los mandamientos de Dios permanece en Dios, y Dios en él. Allí reside la esencia del amor: uno permanecer en el otro. Eso es intimidad. Una pareja que se ama, quiere estar junta, y cada vez más sienten la necesidad de estar juntos. Así, nada la separará, pues es el amor que los une.

El amor no admite excepciones. Quien ama de verdad a Dios, amará también a sus enemigos declarados, amará a los que lo persiguen y le hacen mal. Así lo demostró Jesús. Quien ama a Dios ama también a su hermano. Y amar al hermano significa estar atento a lo que él necesita para ayudarlo cuando sea necesario siendo solidario con él.

Finalmente, quien ama a Dios practica sus Mandamientos. No hay manera de que sea diferente, pues estos mandamientos explican cómo se ama. Es como manejar un auto. Quien quiere ser un buen conductor, estudia las leyes de tránsito. Así, quien quiere amar a Dios, y quiere ser ciudadano del Reino de Dios, estudia y pone en práctica las Diez reglas de cómo se relacionan los ciudadanos de ese reino con Dios y entre sí. El amor de Dios consiste en guardar sus mandamientos, pues estos mandamientos son su propio carácter, y el carácter de Dios es eterno.

“Al desempeñar fielmente este deber [el sacerdocio] en el hogar, no hacen sino multiplicar los medios para hacer el bien fuera de él. Esto los hace más aptos para trabajar dentro de la iglesia. Al entrenar discretamente a su pequeño rebaño, uniendo a los hijos a ellos y a Dios, los padres y las madres se transforman en colaboradores de Dios. La cruz se establece en su hogar. Los miembros de la familia pasan a ser miembros de la familia real de arriba, hijos del Rey celestial” [*Exaltad a Jesús*, p. 247].

Aplicación del estudio

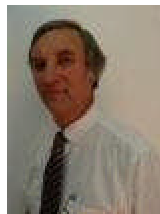
Finalmente, ¿qué es y de dónde proviene el amor? Sólo puede provenir de un Ser vivo, jamás de materia inerte. El amor es Dios. Es un principio que genera sentimientos. El

principio es vivir para los demás; los sentimientos son de felicidad cuando vemos a los demás felices, y de tristeza cuando vemos tristes a los demás. El amor tiene el poder de la empatía, que es la capacidad de sentirse cómo los demás se sienten. Pero el amor no sólo siente, sino actúa, especialmente cuando alguien más necesita de nosotros.

El acto más sublime se opera cuando, tocados por el amor, vamos en dirección de alguien más para enseñarle el camino de la vida eterna. Si lo amamos de verdad, nosotros mismos seremos ejemplos vivientes de quien anda de verdad en esa senda. Así tendremos el derecho de llamar a otros a caminar junto a nosotros, y no sólo recomendar el buen camino, aunque estrecho.

Dios quiere ver reflejado en nosotros su Carácter, pues allí se encuentra su amor, y desde el cual habilita a las personas a ser como fue Jesús entre los hombres. Ser semejantes a Jesús es tener a Dios en el corazón, tener su Ley en nuestro interior, hacer su voluntad, que es amar a todas las personas, independientemente de que sean amigas o enemigas.

Prof. Sikberto R. Marks



Traducción: Rolando D. Chuquimia
RECURSOS ESCUELA SABÁTICA ©

RECURSOS ESCUELA SABATICA
http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica
www.elistas.net/lista/EscuelaSabatica
http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es
Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática